

Dayerly

Dayerly

Alez Delayer

Autor: **Alez Delayer**

Título original: **Dayerly**

Corrección: **Laura Martínez González**

©Alez Delayer 2026

Gracias por comprar una edición original de este libro y respetar las leyes de *copyright* al no reproducir, escanear o distribuir esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que se sigan publicando buenos libros.

ISBN: 9789403866031

Sin cambio, la vida se detiene

La cuarta vez

—¡Vamos, Daye, dime que sí por una maldita vez! ¡¡Eres mi mejor amiga!! —suplicó, alzando la voz por el celular.

—De verdad. Me encantaría, pero me es imposible.

—¿¡Cómo que te es imposible!? ¿¡Santiago no pasaba el fin de semana fuera!?

—Sí... sí..., pero...

—¡Déjate de peros! Con esta van cuatro las veces que me dices que no, la próxima semana es mi cumpleaños y, si no salimos hoy a celebrarlo, a saber cuándo te volveré a ver. ¡Vamos! Por favor...

Dayerly, cabizbaja, apartó el celular de su oído y miró por la ventana. Las luces de la ciudad de Cali resplandecían vibrantes en mitad de la noche y, tras suspirar profundamente, respondió complaciente:

—Está bien...

—¿¡De verdad!? A ver..., no he oído bien, ¿podrías repetirlo, por favor? Creo que lo voy a grabar.

Dayerly sonrió.

—Juliette, no seas tonta..., no iré a bailar con vosotras, solo te acompañaré a cenar.

—¿Y qué crees? ¡Con eso me basta! En media hora paso a buscarte, ¡te quiero!

Desde la ventana, Dayerly se giró y llevó la vista a la vaporosa taza de café que había colocado en la mesa junto al sofá poco antes de atender la llamada de su amiga. El vapor se elevaba por encima de una estantería en la que varias fotografías la retrataban junto a su pareja y se esforzaban por llevar calidez al hogar, pero un inexpresivo Santiago contrastaba con la radiante y luminosa sonrisa de la joven.

La charla

Frente al espejo, Dayerly terminaba de empolvar sus pecosos pómulos con una sutil capa de maquillaje cuando tres toques de claxon la alertaron de que Juliette ya se encontraba bajo su edificio. Con rapidez guardó la brocha en su neceser, apagó la luz y salió del baño en dirección a la ventana.

—¡Ya salgo! —gritó desde la segunda planta del apartamento, se dirigió a la entrada, tomó las llaves, las lanzó al interior del bolso y cerró.

En el carro, Juliette buscaba entre las emisoras de radio cuando unas pisadas en las escaleras metálicas la advirtieron de que su amiga ya se encontraba cerca. Bajó la ventana y una maliciosa sonrisa se marcó en su rostro.

—¡Qué modelito! Estoy segura de que fue tendencia en la época del Titanic.

Dayerly se detuvo junto a la ventanilla y se miró de arriba abajo.

Su cobriza melena ondulada resbalaba con suavidad sobre sus hombros, que quedaban a la vista debido al corte de honor de su vestido amarillo.

—¡Yo también te quiero, amigui! —respondió con ironía antes de cruzar frente al capó, abrir la puerta y, desde el asiento del copiloto, fundirse ambas en un cariñoso abrazo.

—¡Te ves hermosa, Daye! ¡Cuánto me alegro de que estés aquí conmigo! ¿Te acuerdas de la última vez? —preguntó, arrancando el vehículo y metiendo la primera marcha.

Dayerly recogió los pequeños vasos de plástico que cayeron al suelo del carro tras el brusco acelerón y los colocó en la boca de la botella de aguardiente acomodada junto a su puerta.

—Diría que fue en el cumpleaños de mi madre.

Juliette apartó la vista de la carretera para clavarla en su amiga.

—¡Pero eso fue en febrero y estamos a finales de octubre! —exclamó sorprendida— ¿En serio hace tanto que no nos vemos?

Dayerly asintió en silencio.

—¡Abre esa botella y sirve dos tragos! —ordenó Juliette con gesto serio.

—¿¡Conduciendo!? —reprochó, arqueando exageradamente su ceja derecha a la vez que proyectaba una sonrisa que mezclaba sorpresa y sensatez a partes iguales.

—Está bien, pues paremos aquí —reconoció, orillándose a la derecha y prendiendo las luces estacionarias.

Dayerly observaba a través de la ventana bajo la atenta mirada de Juliette.

—¡Aquí no hay nada! ¿Dónde vamos?

—Lo sé. Me mantendré parqueada hasta que nos tomemos ese trago, así no beberemos y conduciremos a la vez, ¿hay trato? —preguntó, extendiendo su mano en busca de cerrar el acuerdo.

—¡Estás reloca! ¿Lo sabías? —respondió mientras negaba con la cabeza y estrechaba la mano a su amiga.

Juliette se apoyó en las piernas de Dayerly para alcanzar la botella e insinuó.

—¡Me gustaría que la ancianita en la que te has convertido deje salir hoy a mi amiga!

Aquellas palabras tocaron la fibra de Dayerly, que durante un breve instante quedó pensativa y observaba en silencio como Juliette llenaba hasta el borde los pequeños vasitos de plástico.

—Solo tomaré este —advirtió bebiéndolo de un solo trago.

—¡Así se hace, pequeña! —animaba Juliette, que disfrutaba del paso de la bebida por su

paladar—. Te prometo que, si te tomas otro, te dejaré en paz durante toda la noche.

—Tú puedes seguirla hasta el amanecer, pero yo después de cenar me volveré a casa —dijo, observando la hora en la pantalla de su celular.

—Me encanta que aún conserves la funda que te regalé.

—Cuando la vi no me gustó, la verdad —tan roja, con los brillos y los corazones—, pero con el tiempo le cogí cariño, como a la persona que me la regaló —respondió con ironía a la vez que acercaba el vaso para recibir la segunda ronda.

—¡Serás mala! A mí me pareció divina, lástima que no la encontrara para el mío. ¿Entonces? ¿No te quedas por Santiago? ¿Sería así si no fuera por él? —preguntó pronunciando el nombre de “Santiago” con sorna.

Con los labios apretados y el ceño fruncido, Dayerly miró al suelo y negó.

—Es un buen hombre, él siempre me ha ayudado...

—Daye, ¿pero qué me puedes contar de lo emocional? —preguntó interrumpiéndola—. ¿Las muestras de amor por ti? ¿El cariño? No

recuerdo haberos visto nunca ni siquiera tomados de la mano.

—Él es así, le cuesta mostrar sus emociones.

—Ya, pues debes prender esa chispa o ¿esa es la historia que quieres para tu vida? —Con cara de burla y cambiando su voz, Juliette continuó—: Conozcan el relato de la bella y divertida Dayerly, una joven y colorida mariposa a la que un serio señor dejó sin su néctar y la obligó a vivir una vida triste y sin sabor...

Un poco de guaro salpicó la luna del vehículo tras la carcajada de Dayerly, que llevó su mano al rostro para cubrir su boca y entre risas sugirió:

—Deberías aplicar para cómica; además, Santiago no es un señor, solo me lleva siete años.

—Amigui, los números no te convierten en señor o señora, lo que te convierte en un amargado es un mal ánimo y una mala actitud frente a la vida, y esos no entienden de edades. Santiago es un señor muy señor y tú vas por el mismo camino como sigas igual de sumisa.

Dayerly borró su sonrisa y quedó en silencio mirando a través de la ventana. Sumisa..., esa